

MISANTROPIA Y ARREPENTIMIENTO.

DRAMA EN TRES ACTOS.

¡Cuan cruel es la venganza de la ultrajada virtud!

PERSONAS.

*Carlos, Baron de Menó.
El Mayor Horst.
El Conde de Walberg.
Biterman.
Tobias.
Frantz.
Peters.*

‡‡ *La Condesa de Walberg.
‡‡ *Eulalia, bajo el nombre de Miller.
‡‡ *Eugenio, niño de cuatro á cinco años.
‡‡ *Una Camarera.
‡‡ *Dos niños, hijos del Baron.
‡‡ *Algunos Lacayos.
‡‡ *Un Postillon.*******

*****:*****

La escena se supone en el castillo del Conde de Walberg, en las cercanías de Cásel.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un bello paisage: el castillo aparece sobre una colina, y á la derecha de los actores, á lo lejos, en el fondo á su izquierda una pequeña cabaña entre algunos árboles que la cubren: al mismo lado y al pie de la colina empieza una arboleda, que conduce á la morada del Estrangero: á la derecha, hácia el ter ero bastidor, hay un pequeño pabellon practicable, del cual se ve solamente una parte.

Peters, que viene del castillo.

Pet. Amigo Peters, Señora Miller lo manda, y es fuerza llevar este dinerillo

*al viejo Tobias. Ella me ha encargado que lo calle; pero en buenas manos queda: no, no lo sabrá ninguno. A la verdad, que es muy bella muger la Señora Miller! bella muger! pero necia, muy necia; porque ve aquí lo que mi padre me enseña:
„el que gasta su dinero
„es un hombre sin prudencia;
„pero el que lo da, merece
„que le rompan la cabeza.”*

*El Baron sale cruzados los brazos y la cabeza baja; ve á Peters, y le mira con desconfianza: Peters se queda por un momento mirando al Baron con la boca abierta, se quita el sombrero, y con una cortesía extravagante se dirige hácia la cabaña.
Bar. ¿Quién era, Frantz?*

Fra. Es el hijo
del que administra las rentas
del castillo.

Bar. Por la noche
me hablaste ayer en la cena ..

Fra. De aquel labrador anciano.

Bar. Es verdad.

Fra. Mas sin respuesta
me quedé.

Bar. Pues vuelve ahora
á decirlo si te acuerdas.

Fra. Pues, Señor, es pobre.

Bar. ¿ Y tú
de qué sabes su pobreza ?

Fra. Él lo dice.

Bar. Y él lo dice !

Con amargura.

no ignora el hombre la senda
del engaño.

Fra. Es cierto, pero
este anciano no grangea
la piedad con el engaño.

Bar. ¿ Y por qué no ?

Fra. Si quisiera
explicarlo no podría;
pero mi alma se interesa
en su favor.

Bar. Frantz, ¿ qué debil
eres !

Fra. Es verdad ; mas crea
Vmd., que un necio piadoso
vale mas que la soberbia
de un sabio sin compasion.

Bar. Necio !

Fra. La beneficencia
produce la gratitud.

Bar. Ah ! no es verdad. *Con dolor.*

Fra. Quien dispensa
los beneficios, yo juzgo
que es mas feliz en la tierra
que el mismo que los recibe.

Bar. Eso es verdad.

Fra. ¿ Qué franqueza !
Y Vmd. es un bienhechor.

Bar. Quién yo ?

Fra. Por veces diversas
ha sido testigo Frantz.

Bar. Hombre crédulo, contempla
que hacer bien es la mayor
de las necesidades nuestras.

Fra. Oh ! no tanto como eso.

Bar. Y los hombres, en mi idea,

son indignos del favor.

Fra. Muchos, es verdad.

Bar. Pues piensa
que son hipócritas todos.

Fra. Mentirosos.

Bar. Aparentan
lágrimas á nuestros ojos,
y rien á espaldas nuestras.
Ve aquí el hombre.

Con amargura.

Fra. Sin embargo,
hay algunos...

Bar. Dónde ?

Fra. En esa cabaña.

Bar. Quién, el anciano ?
¿ Y ha llorado sus miserias
delante de ti ?

Fra. Mil veces.

Bar. ¿ Y quieres tú que le crea ?
El verdadero infelice,

amigo Frantz, no se queja.

Despues de un rato de silencio.

Pero en fin, cuéntame toda
su desgracia.

Fra. Es tan inmensa,
que ha perdido á su buen hijo.

Bar. Cómo ?

Fra. Bajo las banderas
militares sentó plaza
para dar á la pobreza
de su padre algun consuelo.

El Baron le mira, y despues con-
tinúa.

Fra. El viejo tomó por fuerza,
y á pesar de su dolor,
el precio de la terneza
y la libertad de un hijo;
pero al pobre no le queda
otro recurso que el cielo:
enfermo, pobre y sin fuerzas
para ganarlo...

Bar. No puedo,
no puedo hacer aunque quiera
nada por él.

Fra. ¿ Ah, Señor !
en favor de su indigencia,
Vmd. puede mucho !

Bar. Y cómo ?

Fra. Quizá con poco pudiera
rescatar á su buen hijo.

Bar. Será fuerza que yo vea
al anciano.

Fra. Bien, Señor.

Bar. Pero como acaso mienta...

Fra. No miente, no.

Bar. Qué no miente!
el hombre! el hombre!... ¿es en esta
cabaña?

Fra. En esa cabaña.

El Baron entra en ella.

¡Qué alma tan noble y tan bella!
pero con él se me olvida

el modo de hablar: apenas
le conozco, y ha tres años
que le sirvo. La primera
vez que ve un hombre le habla
con seriedad y dureza;
mas sin embargo, á ninguno
ha negado en su miseria
la proteccion y consuelo.

Él es misantropo, es fuerza;
no hay remedio: sin embargo,
su misantropia empieza
en sus mismas desventuras,
porque el odio que profesa
al hombre no está en su alma,
que solo está en su cabeza.

*Sale el Baron de la cabaña, y Pe-
ters detrás.*

Bar. Y bien, qué me quieres?

Pet. Nada,
pero yo soy el que era...

Bar. Qué necio!

Fra. Pues cómo eso?
tan pronto, Señor, de vuelta?

Bar. ¿Y qué habia yo de hacer allí?

Fra. Pero en fin, ¿es cierta
su desgracia? lo habeis visto?

Bar. He visto á su cabecera
ese bribonzuelo.

Fra. ¿Y qué
tiene que ver (cuando sea
verdad) aqueste muchacho
con la piedad que se alberga
en Vmd.?

Bar. Tiene que ver:
que estabé de inteligencia
con el viejo... hombres perversos!
¡Cómo hubieran, cómo hubieran
hecho mofa los ingratos
de mi credulidad necia,
si me hubiesen engañado!

Fra. ¿Pues Vmd. cree que fueran...

Bar. ¿Qué hacian juntos?

Fra. Bien facil

Sonriéndose de su desconfianza.
es de saber. Hombre, llega, á Peters.
ven acá: di, ¿á qué has venido
á esta cabaña?

Pet. Cual, esta?

Fra. Sí.

Pet. Yo, á nada.

Fra. No, no, amigo,
por algo has venido á ella.

Pet. Toma! y por qué? vaya, vaya!
Mire Vmd., cuando me muestra
madama Miler la cara
risueña, por complacerla
me echaria yo en el pozo
del castillo de cabeza.

Fra. Luego ella te manda?

Pet. Sí,
por mas que Vmd. lo pretenda
saber, no lo ha de saber.

Fra. Y por qué?

Pet. Por qué? porque ella
me dijo: ve, Peters mio,
Imitando la voz de Miler.

ve por Dios, y que no sepa
nada ninguno, ve presto,
Peters bonito, que es fuerza
socorrer al viejo... vamos,
estas palabras me llegan
al corazon, y no puedo
negarme por mas que quiera.

Fra. Ya, pero si ella lo manua
es fuerza tener cautela.

Pet. Sí, que no la tengo yo.
Mire Vmd., mas de quinientas
veces le dije á Tobías,
que no pensara que era
Miler la que le mandaba
el dinero; y aunque fuera
el Rey no se lo diria.

Fra. Oh! tú eres mozo de prendas.
Y era mucho?

Pet. Yo no sé;
pero habrá semana y media
que le traje otro dinero,
y despues otro... á la cuenta
de lo que se ahorra; y juzgo,
que era en un día de fiesta,
porque yo tenia puesto
mi vestido nuevo.

Pet. Y esa
madama Miler, ¿es quien

le socorre en sus urgencias?
Pet. Toma, pues, quién? no, mi padre
 no es tan tonto como ella;
 y dice, que es necesario
 guardar siempre nuestra hacienda;
 pero con mayor razon
 en estío y primavera
 no se debe dar limosna,
 que entonces la providencia
 produce plantas y frutos
 para los hombres.

Fra. Muy bella
 máxima! qué amable padre!
 no es verdad?

Pet. Pues quién lo niega?
 Pero Miler no hace caso
 por mas que la reconvengan.
 Y aun hace mas.

Fra. Qué mas hace?

Pet. Mire Vmd., cuando Isabela
 tenia los hijos malos,
 quiso enviarme a su aldea
 con dinero; mas mi padre
 no me dejó que yo fuera
 porque llovía.

Fra. Y qué hizo?

Pet. Toma, lo llevó ella mesma,
 y se me puso á curar
 los niños como si fueran
 suyos.

Fra. Muger singular!

Pet. A veces da grima el verla
 llorar, sin saber por qué;
 y si yo, Señor, pudiera
 verla llorar sin llorar,
 vaya muy enhorabuena:
 pero el caso es, que si llora,
 que quieras, ó que no quieras,
 yo me quedo sin comer,
 y echo á llorar.

Fra. Y bien, ¿quedó Al Baron.
 Vmd., Señor, satisfecho?

Bar. Hez que ese hablador se vuelva
 al castillo.

Fra. A Dios, amigo Peters.

Pet. Con que Vmd. me deja?

Fra. No, pero madama Miler...

Pet. Ay! es verdad que me espera.
 A Dios.

*Saluda al Baron, que no le corres-
 pondé.*

Oye Vmd., Señor,

aquel está que revienta
 de rabia, porque no pudo
 sacarme ni esto siquiera.

Fra. Es verdad.

Pet. Ah! no, conmigo
 no hay que venirse con fiestas,
 que para guardar secretos yo. *vase.*

Fra. Bien, á Dios. Qué simpleza!
 vaya, Señor.

Bar. Qué?

Fra. Que ahora
 la desconfianza era
 injusta.

Bar. Oh!

Fra. ¿Pero qué duda
 le queda á Vmd.?

Bar. Si me queda,
 ó no, calla: en fin no quiero
 escuchar mas.

*Se levanta, y sigue hablando con
 acritud.*

¿Quién es esta
 madama Miler? ¿por qué
 su nombre siempre resuena
 en mi oído? y ¿por qué causa,
 sin haber podido verla,
 á cualquier parte que voy
 ha estado primero ella?

Fra. Vmd. debía alegrarse.

Bar. Por qué?

Fra. Porque es una prueba
 de que aun hay entre los hombres
 algunas almas modestas
 y bienhechoras.

Bar. Sí, sí.

Fra. Procure Vmd. conocerla.

Bar. Conocerla! *Con ironía.*

Fra. Yo, Señor,
 la conozco, y es muy bella.

Bar. Mucho peor: la hermosura
 encubre con apariencia
 falaz un alma viciosa.

Fra. Pues la suya es en mi idea
 el velo de la virtud.

es tal su beneficencia...

Bar. Ah! qué incauto! mira Frantz,
 cualquiera muger desea
 deslumbrarnos afectando
 alguna virtud, y esta
 será quizá mas astuta
 en su ficción.

Fra. Pero sea

como sea , poco importa,
con tal de que favorezca
al anciano , y haga bien.

Bar. Mejor , así en su pobreza
no necesita de mí.

Bra. No obstante , Señor , en ella
la buena Miler habrá
socorrido las urgencias-
limitadas y actuales;
pero , por mas que lo sienta,
no le habrá podido dar
para consolar sus penas
rescatando á su buen hijo.

Bar. Reparo que te interesas

Con una ironía amarga
con mucho ardor por Tobias.

¿ Estarás de inteligencia
tú con él para engañarme ?

Era. ¿ Y es posible , que Vmd. crea...

Con lágrimas en los ojos.

ah ! no ha nacido del alma
de Vmd. tan baja sospecha.

Bar. Es verdad ; perdóname,
Con bondad le alarga la mano.
amigo mio.

Era. Sí , venga

la mano , y la besaré *Lo hace.*
mil y mil veces. Es fuerza
que os hayan quizá burlado
algunas almas perversas
cruelmente , para haber
concebido contre ellas
ese odio universal,
aquesa injuriosa idea
de la virtud y justicia.

Bar. Tú lo has dicho . ¿ Cuánta pena
me has dado , Frantz ! déjame.

Se vuelve á sentar , y lee.

Era. Vele allí con su tristeza
sumergido en la lectura:
así pasa la carrera
de su vida ; á los placeres,
muerto ; á la naturaleza,
muerto tambien , y sumido
en su dolor . ¿ Quién pudiera
restituirle al placer !
Hace tres años que aleja
la sonrisa de su boca,
y otros tantos que la idea
de un suicidio fatal
me hace estremecer. Si fuera
posible al menos , que amase

la sociedad... Si quisiera
cultivar algunas flores...
Pero nada , en su tristeza
sumergido , calla y lee ;
ó si alguna vez despliega
sus labios es detestando
de su mísera existencia,
y maldiciendo á los hombres-
artífices de su pera.

Lee el Baron.

„En la soledad adquieren mayor
„energía nuestras ideas ; pero tam-
„bien se renuevan las antiguas heri-
„das , y cuanto en otro tiempo agitó
„con violencia las fibras de nuestro
„cerebro , es un fantasma que nos
„persigue y nos atormenta de conti-
„nuo.“

Era. Tiene razon ese libro ;
pero tambien se me acuerda
haber oido decir,

Va saliendo Tobias.

que por lo mismo era fuerza
huir de la soledad,
y abandonarse á la inmensa
multitud de los negocios.

Tob. ¡ Oh cuán grata es la influencia
del sol sobre el infelice !
Pero mi alma se enajena
de placer , y de su Dios
benéfico no se acuerda.

*Se descubre , y levanta las manos
al cielo.*

Era. Ve aquí un anciano , que goza
*El Baron cierra el libro , y mira con
atención al viejo.*

de poco bien en su extrema-
necesidad , y da gracias
á la angusta Providencia
del poco bien de que goza.

Bar. Porque la esperanza llega
con los hombres al sepulcro,
y en sus límites los deja.

Era. A Dios , buen hombre : parece
que veo mas fortaleza
en Vmd.

Tob. Dios , y el cuidado
de una muger que no niega
su misericordia al pobre,
me han conservado en la tierra
quizá por algunos años.

Era. Sin embargo Vmd. demuestra

bastante edad.

Tob. Sí, Señor,
ya paso de los setenta,
y pocas satisfacciones
puedo ya gozar en ella.

Fra. Pues yo, amigo, me quejara
de mi suerte, si tan cerca
de la tumba me volviese
á la vida y á la pena;
que la muerte es el consuelo
del infeliz.

Tob. ¿Vmd. piensa,
que soy yo tan infeliz?
¿No gozo aun de la bella
luz del sol amaneciendo?
¿No he recobrado mis fuerzas
con la salud? Ay, amigo!
aquel que por vez primera,
después de un penoso mal,
respira el aura serena
de una plácida mañana,
es el mas feliz que llega
á ver los rayos del sol.

Fra. Pero ese bien degenera
bien pronto con la costumbre.

Tob. No en la vejez: muchas penas
me han afligido y me afligen;
y sin embargo siutiera
la muerte. Cuando mi padre
me dejó en su pobre herencia
esa cabaña, gozaba
yo de mi salud y fuerzas.
Tomé una muger honrada,
tan amante como buena,
y Dios bendijo mi union
con tres hijos; pero esta
dicha duró pocos años.
Dos dellos vieron apenas
el sol de la juventud,
y la muerte con fiera
los arrebató. Yo, amigo,
sufrí el golpe con paciencia,
pero mi pobre muger,
ó mas debil ó mas tierna,
murió de dolor: quizá
yo en mi soledad hubiera
seguidolos á la muerte,
si la divina clemencia
no me hubiera consolado.
En fin cuando mi flaqueza
adoraba sus decretos,
y resignado en su eterna

misericordia vivia
con un hijo, última prenda
de mi amor, algo felice;
su generosa imprudencia
le condujo á sentar plaza
por socorrer la miseria
de su anciano padre... Amigo,
este golpe me condena
á la pérdida cruel
del apoyo de mis fuerzas
inútiles; y os protesto,
que sin la beneficencia
de una muger virtuosa,
de hambre y de pesar muriera.

Fra. ¿Y sin embargo Vmd. ama
la vida? Vmd. la desea?

Tob. ¿Y por qué no, mientras haya
un objeto que interesa
mi corazon en un hijo?

Fra. Puede que Vmd. no le vuelva
á ver jamás.

Tob. Sin embargo
yo le conservo en la idea;
y aun cuando esté decretado
que mis ojos no le vean,
esperaria la muerte
sin yo desearla. Aquella
es la cabaña tranquila
en que nací; aquella vieja
encina creció conmigo,
y... (casi tengo vergüenza
de decirlo) tengo un perro,
que en mi dolor me consuela.

Fra. Un perro!

Tob. Un perro; sí, amigo,
ríase Vmd. cuanto quiera;
pero sepa Vmd. que Miller,
la generosa, la buena
Miller, vino á visitarme
un dia en mi cabañuela;
y como el perro ladraba
viéndola entrar, dijo ella:
¿por qué no da Vmd., Tobías,
este animal, pues apenas
tiene Vmd. pan que comer?
Señora, y si yo le diera,
le respondí, ¿quién me amara
en mi soledad?

Fra. No sea

Al Baron que piensa profundamente.
causa de que Vmd. se enoje
la interrupcion; mas quisiera

que Vmd. oyese....

Bar. Sí, Frantz,
todo lo escuché: ve y lleva
ese libro á mi aposento,
y te dejarás abiertas
las ventanas hácia el río.

Fra. Voy, Señor. *Vase.*

Bar. No te detengas. *Con prontitud.*
Dime, anciano, ¿qué te ha dado
Miller?

Tob. Aquel alma bella,
aquel alma angelical
me ha dado cuanto pudiera
desear para comer
hasta el invierno.

Bar. No mientas!
Y nada más?

Tob. Y qué más?
Ella, Señor, bien quisiera
librar á mi buen Ernesto;
pero por mas que lo sienta,
carece de facultades.

Bar. Salva un hijo. A Dios.
*Vase con precipitacion, despues de
darle una bolsa de dinero.*

Tob. ¡Qué nueva
felicidad es la mia! *Abre la bolsa.*
Válgame Dios! y monedas
de oro! Amigo, miradlos:
A Frantz que sale.

la confianza en la eterna
misericordia jamás
nos engaña... oh Providencia!

Fra. ¿Y quién es el generoso?

Tob. Su amo de Vmd... ¡ah, que pueda
gozar de su buena obra,
como de la recompensa!

Fra. Hombre singular!

Tob. Ni quiso
el buen Señor que le diera
las gracias, y ya iba lejos
antes que mi torpe lengua
se moviese.

Fra. Ve ahí mi amo.

Tob. A Dios, amigo. Ello es fuerza
correr cuanto me permitan
los años á dar la nueva
de su rescate á mi hijo.
¡Cuanta será su impaciencia,
su placer, cuando se abraze
con cuanto amaba en la tierra,
con su amante y con su padre!

Oh tú, augusta Onnipotencia!
colma de favor al hombre
generoso, que tu diestra
cubra su frente de gracias:
extiéndase tu clemencia
en la felicidad suya.

¿Que quién hay que la merezca
mejor que el hombre piadoso,
que tu imagen representa?

Vase por la derecha.

Fra. Ah! por qué no soy yo rico?
¿por qué yacen las riquezas
en manos de los crueles?
ay! si yo las poseyera,
socorrer al infortunio
serian mis complacencias.

Vase por la arboleda.

*La escena representa un salon del
castillo. Sale Eulalia con una
carta abierta.*

Eul. Ah! ve aquí lo que me aflige!

Yo estaba ya mas contenta
en mi retiro, á pesar
de que no siempre se alberga
el gozo en el corazón
del solitario. ¡Oh, yo necia
y desgraciada muger!
en el claustro y en las selvas
te seguirá tu dolor;
clavado como una flecha,
Eulalia, en el corazón.
Pero al fin, cuando la pena
le oprimía con su peso,
yo lloraba sin dar cuenta
á nadie del llanto mio;
y errante, triste é inquieta
por los campos del castillo,
ninguno formó la idea
de que mi alma obedecía
á la irresistible fuerza
de una conciencia culpable,
que por siempre me condena
á llorar lejos del hombre
mi criminal imprudencia.
Miserá yo! si ellos vienen,
á Dios, ó dulce y amena
soledad; á Dios lectura,
que tal vez has dado treguas
á mi dolor con tus gracias.
¿Y si acaso la Condesa,
ó el Conde traen algunos
de los sujetos que puedan

conocerme? ay! que infeliz es aquel de quien recela el corazón criminal la inoportuna presencia de uno, de un solo testigo de su delito y su pena.

Sale Peters. Aquí estoy yo.

Eul. Muy bien, Peters; y Tobías?

Pet. Allí queda tan contento el pobre viejo.

Eul. ¿Le dijiste de quien era el dinero?

Pet. Dios me libre. Le dije que no creyera que era usted la que le daba aquellas cuantas monedas, que no era usted.

Eul. Muy bien dicho. *Sonriéndose.*

Pet. Pero sin embargo piensa en venir á dar las gracias que quieras ó que no quieras.

Eul. Mira, Peters, no permitas, que Tobías cuando venga entre á verme; dile tú que duermo, que estoy enferma, ó que no tengo lugar. En fin, dile cuanto quieras, y no le dejes entrar.

Pet. Bien, y si acaso se empeña, le agarraré por un brazo...

Eul. No, Peters, no hazas violencia al enfermo viejecito.

Pet. Me voy, que mi padre llega. *vase.*

Sale Bit. Buenos días, Señorita, yo celebro verla buena y graciosa como siempre. Usted me llama, y quisiera saber que novedad hay.

Eul. A Dios, Bterman. Hoy llegan los señores del castillo.

Bit. Quién? el Conde? su Excelencia?

Eul. Sí, amigo, de aquí á dos horas llega el Conde, la Condesa, y su cuñado el Mayor de Horst.

Bit. ¿Lo decís de veras?

Eul. Usted sabe, Bterman, *Con dulzura.* que Miller no se chauceá jamas.

Bit. Peters... y es posible?

Válgame Dios! cuándo vengan, qué dirán? Peters...

Sale Peters. Señor.

Bit. Ve a buscar á toda prisa al guarda bosques, y dile que me mande varias piezas de casa: que Juana limpie los cuartos de su Excelencia, y le quite á los espejos el polvo para que pueda verse en ellos la señora.

Vase Peters.

Corre, marcha. ¿Qué cabeza me ha puesto la tal noticia! Pero lo que me da pena es, que la cámara verde está toda descompuesta, y no habrá donde poner al Mayor.

Eul. ¿En la escalera no hay un cuarto hácia el oriente?

Bit. Es verdad; pero esa pieza está para el Secretario: no obstant; tengo una idea excelente: la casilla que aliada con nuestra huerta se la podríamos dar.

Eul. ¿Y cómo si vive en ella el extranjero?

Bit. No importa, que se vaya.

Eul. Oh! bueno fuera cometer una injusticia. Usted sabe, que no media el interés en su elogio, pues ni le he visto siquiera; pero cuantos le conocen tienen repetidas pruebas de su virtud; y yo creo que la morada que arrienda la paga liberalmente.

Bit. Cierto, yo no tengo queja ninguna; pero...

Eul. Qué? vamos.

Bit. En fin, Miller, yo quisiera saber quien es. Qué demonio! Siempre va trayendo diez leguas cuando me ve, y aunque buico mil ocasiones diversas para hablar con el criado, ni tampoco me contesta. ¿Hoy hace buen día. Sí.

„Ya los árboles empiezan
„á brotar. Sí. Me parece
„que hoy el amo se pasea
„con gusto.“ Sí. Mil demonios
se llevan tanta reserva
y tal callar, vaya, vaya.

Eul. Bien, pero con la impaciencia
olvida usted á los Condes.

Bit. Pues si es verdad: usted vea
que motivo habrá...

Eul. Las nueve.

Yo me voy á mis haciendas:
á Dios, Biterman.

Vase.

Bit. Sí, sí;
tambien usted es linda pesca;
ni tampoco sé quien es.

Madama Miler! qué buena
hay tanta madama Miler
en el mundo! La Condesa
la recibió hace tres años,
para darle la intendencia
del castillo, pero bien,
quién es esta aventurera?
de dónde viene, y por qué?
Ve aqui lo que me condena.

Vaya, que es fatalidad
no averiguar tan siquiera...

Sale Pet. Padre, padre, que ha llegado
un Señor, venga usted apriesa,
que es el Mayor de... de... vamos,
que llega el Señor.

*Sale el Mayor Horst. Peters imita
á su padre en toda esta escena.*

Bit. Merezca

Con muchas cortesías.

un mayordomo, Señor,
ofrecerse á la obediencia
de V. S., y mas cuando tiene
el honor de hablar de cerca
y rostro á rostro al ilustre
cuñado de su Excelencia,
el gran Conde de Walberg.

Pet. De Walberg.

May. Oh! vamos, deja
cumplimientos, Biterman;
ya ves que un hombre de guerra
ni los hace ni recibe.

Bit. Señor, con vuestra licencia,
aunque estamos en el campo,
veneramos la grandeza
de los cuñados de un Conde.

Pet. Conde.

May. Muy bien, como quieras.

Mi hermano y yo hemos pensado
pasar esta primavera
en el castillo.

Bit. Aunque fuese
un año; pues sin que sea
vanidad, he acumulado,
Señor, y puesto on reserva
con que admirar á los Condes.

Pet. A los Condes.

May. Bien, muy bella
precaucion. Tu economía
exige, segun mis cuentas,
un disipador, y creo
que en mi cuñado se encuentra
cuanto puedes desear.
Ha dejado la carrera
militar, y se propone
concluir lo que le queda
de vida en este castillo.

Bit. Y con eso las gacetas
vendrán todas las semanas.

Pet. Semanas.

Bit. Por la escalera
me parece... Sí. Madama
Miler... Buena mujer! buena!
es el ama de gobierno.
Yo voy á hacerla que venga,
si gusta V. S.

Pet. Si V. S.

May. No te tomes esa pena.

Bit. Oh, Señor! no puede serlo
nunca para mí dar pruebas
de mis respetos á V. S.

Pet. Tos á V. S.

Vanse Biterman y Peters.

May. ¡Qué paciencia
es necesario tener
con estas gentes! Él piensa
hacerme quizá un obsequio
en mandarme alguna vieja
importuna y habladora
que me rompa la cabeza.

*Sale Eulalia, que hace una cortesía,
que anuncia su buena educacion.*
Hola! no es vieja.

Eul. Señor,
yo me doy la enhorabuena
de conocer un hermano
de la señora Condesa,
mi bienhechora.

May. Y yo aprecio

un bien que me lisonjea,
pues por él conozco á Vmd.

Eul. Sin duda la primavera
ha dado motivo al Conde
de venir aquí.

May. No, bella
Miter, Vmd. le conoces
que haga sereno, que llueva,
poco le importa, con tal
de que su casa no sienta
la tristeza ni el enojo.
Amistad, amor y mesa
son los placeres de un alma
como la suya, y si llega
á reunirlos, ve aquí
su codicia satisfecha,

Eul. En verdad, que la ventura
le favorece: riquezas,
salud, todo contribuye
á su dicha; mas si hubiera
probado tal vez los males
que á la humanidad rodean,
aun al lado de su esposa,
no gozaría de entera
felicidad.

May. Es muy ciertos;
pero el alma epicuréea
de mi cuñado disfruta
de un bien que jamás altera
el dolor, y por gozar
de su libertad se deja
el servicio, y por vivir
tranquilo.

Eul. Aquí?

Algo turbada.

May. Si no encuentra
estorbo en la soledad.

Eul. Señor, el hombre que alberga
un corazón libre y puro,
no puede encontrar en ella
sino la paz.

May. Yo aseguro,
que es esta la vez primera
en que una boca tan linda
hace su elogio.

Eul. No crea
V. S., señor Mayor,
que mi sexo no respeta
la soledad, ni me haga
ese cumplimiento á expensas
de las mugeres.

May. Señora,

la verdad: ni Vmd. es hecha
para vivir en el yermo,
ni yo imagino que tenga
atractivo para Vmd.

Eul. Señor Mayor, cuando reina
una constante igualdad
en nuestra vida, es inmensa
la rapidez con que pasan
nuestras horas: las ideas
de un día retratan siempre
las del anterior; las mismas
ocupaciones y el mismo
placer. Cuando en una bella
madrugada me levanto
por gozar de la serena
luz del sol amaneciendo,
bendigo la omnipotencia
de la mano que derrama
vida en la naturaleza.
Deja el ganado su establo,
y las tranquilas ovejas
van al prado: el labrador,
sacudiendo la pereza,
unce los amigos bueyes,
y los vientecillos suenan
con sus rústicos cantares.

Vuelvo á casa, y mis haciendas
particulares me ocupan
hasta que la tarde llega,
y voy á regar mis flores..
Mis flores, las compañeras
de mi soledad. En tanto
los mozos y las doncellas
me divierten con sus juegos
que dirige la inocencia,
hasta que el plácido sueño
y el cansancio nos dispersan.

May. Es verdad, pero el invierno...

Sale Pet. Toma, ya está en la escalera,
yo no puedo más.

Eul. Qué es eso?

Pet. Qué ha de ser? que se me cuela
Tobías... aquí está ya.

Sale Tob. Oh mi bienhechora! es fuerza,
es fuerza que yo...

*Queriendo abrazar los pies de Eula-
lia que le impide.*

Eul. Buen hombre...

Válgame Dios! ¿no pudiera
Vmd. venir á otra hora?
ya ve Vmd....

Tob. Muger modesta,

tanto como virtuosa,
el Señor...

May. Y bien, qué intenta
este anciano?

Tob. Demostrar
la gratitud, que me llena
todo el fondo de mi alma,
á los pies...

Eul. Mañana es buena
ocasion.

May. Déjame Vmd. *Con viveza.*
y permita que yo sea
testigo de un accidente,
que me dice en lo que emplea
la bella Miler el tiempo.
Habla, buen viejo, y consuela
tu corazon.

Tob. Ah, Señor!
¡Si cada palabra fuera
una bendicion celeste!
Yo estaba en mi cabañuela
abandonado y enfermo,
y mi debil existencia
caminaba hácia la muerte.
La lluvia, el viento, la intensa
nieve entraban en mi choza,
y yo en una vieja estera,
desnudo, pobre y enfermo,
aun no tenia siquiera
unas migajas de pan,
que dar á mi perro en prueba
de gratitud á su amor.

En esto que Miler llega
como el ángel del consuelo;
me da favor, me dispensa
remedios, y todo cuanto
necesitaba en mi extrema
situacion: pero la gracia
de su virtud, su halagüeña
oficiosidad, lograron
recuperar la flaqueza
de mi vejez... Ah! yo vivo,
yo vivo, y gozo la eterna
luz del sol por su piedad.

¿Y querrá que no agradezca
mi sensible bienhechora...?

Se arrodilla.

Eul. Por Dios, buen viejo...

Tob. Modesta

Miler, deje Vmd. que riegue

Ella lo impide.

con mis lágrimas la tierra

que pisa; deje que bese
la mano que se interesa
en mis males, y por quien
bendice la Providencia
mi vejez. El extrangero
que ha venido á nuestra aldea
me ha dado el oro que veis
para rescatar la prenda
de mi amor, al hijo mio.
De aqui voy á la bandera,
le rescato, y le desposo
con una joven honesta,
y quizá tendré el placer
de ver ea la propia mesa,
de poner en mis rodillas
los frutos de su terneza.
Y si acaso pasa Vmd.
alguna vez por la puerta
de mi cabaña, ¡qué gusto
será para su alma bella
decir: „estos son felices
por mi piedad!“

Eul. ¡Qué pena
me está Vmd. dando, Tobías!
Basta. *Como suplicando.*

Tob. Sí, basta: mi lengua
es incapaz de explicar
cuánto es el placer que prueba
mi corazon este instante.

*Le besa la mano de por fuerza, y
Peters se va limpiando las
lágrimas.*

¡Muger virtuosa y tierna,
solo Dios y tu virtud
pueden ser tu recompensa!

Vase y Peters.

Eul. Mucho tardan ya los Condes.

May. No, bella Miler, no quiera
Vmd. distraerme acaso
de la deliciosa idea
de su virtud. Ah! ¡qué poco
discurrí yo hallar en esta
soledad una muger
como Vmd.!

Eul. ¿Pues que una escena
tan simple puede causaros
admiracion?

May. Yo quisiera
saber (perdone Vmd., Miler,
una curiosidad necia)
si Vmd. ama, y si es casada,

Eul. Lo fuí.

Pasa repentinamente á la tristeza desde la alegría que aparentaba.

May. ¿ Luego Vmd., en esa suposición, es viuda?

Eul. Ay, Señor! hay ciertas cuerdas en el corazón humano, que si las pulsas resuenan con dolor. Perdona V. S., voy á ver si el Conde llega. *Vase.*

May. Vaya Vmd., que ya la sigo. Valgame Dios! ¿ quién creyera hallar en la soledad de una miserable aldea tal muger piadosa, noble, y como bella, modesta! Quién será? pero ¿ qué importa que sea ilustre ó no sea para los hombres de bien? No es mi corazón de piedra, ni cerrado á la virtud: ¿ no es compasiva? no es bella? no la amo? pues ve aquí sus títulos de nobleza.

ACTO SEGUNDO.

La escena se representa en el salón antecedente. Salen el Conde, la Condesa, el Mayor, Eulalia, Biterman, Peters, un Postillon, dos Lacayos, y una Camarera de la Condesa, que trae un niño de la mano.

Cond. En fin llegamos, el cielo bendiga nuestra jornada como puede. Bella Miler, cansado de mis campañas, en las banderas de Vmd. vengo á tomar una plaza.

Eul. Mis banderas, señor Conde, ya solo en la retirada se despliegan.

Conde. Sin embargo, los amores y las gracias vuelan en contorno suyo.

Condesa. Vaya, amado esposo, vaya, Vmd. parece que olvida que estoy aquí.

Conde. Pero, amada esposa, bien puedo yo Remedándola.

hacer también lo que acaba de hacer su hermano de Vmd. que ha reventado las jacas de mi tiro, por llegar con dos horas de ventaja.

May. Si hubiera sabido cuanto tienes de amable en tu casa, dirías bien.

Conde. Cara Miler, voy á complacer el alma de Vmd. como lo desea. Este niño es de mi hermana, de mi pobre Carolina, que ha muerto la desgraciada, y le deja sin amparo, con que suplamos su falta entre los dos.

Niño. Tía mía, es otra mamá? qué guapa! ay, pues yo la querré mucho!

Condesa. Bien, Eugenio.

Al oír á Eugenio se turba Eulalia, y despues profundamente pensativa se inclina hácia el Niño.

Eul. ¿ Qué se llama Eugenio? Qué bello nombre!

Niño. Yo soy Eugenio.

Eul. Qué gracia!

Cond. Y bien, Biterman, yo creo dando á Biterman su espada y sombrero, y se sienta.

que nos tendrás preparada una regular comida.

Bit. Señor, no será muy mala.

May. Oye, Condesa, ¿ quién es. *Aparte á ella.*

ese tesoro que guardas en este campo?

Condesa. ¡ Oh, señor enamorado, y que alma tiene tan terna!

May. Responde.

Condesa. Y bien, qué quieres? se llama Miler.

May. Sí, ya lo sé; pero...

Condesa. Pues yo tampoco sé nada mas.

May. Oh! no burlés.

Condesa. No burlo.

Vente conmigo á la sala del Conde, y allí verás que lo ignoro. Eugenio, vaya,

ven á descansar un rato.
Querida Miler, no salga
Vmd. de aquí; pronto vuelvo,
y en la compañía grata
de Vmd. espero gozar
cuantos gustos me prepara
la soledad que amo tanto.

*Vanse la Condesa, el Mayor, los
Criados y el Niño.*

Cond. Y bien, Biterman, ¿aun gastas
aquel buen humor que siempre?

Bit. Para servir á tan alta
Excelencia.

Cond. Bien, yo espero
tener buenas temporadas
contigo.

Bit. Lo que es por mí
haré, Señor, cuanto haya
que hacer.

*Por Peters, que le está haciendo
cortesías cuando le mira.*

Cond. Quién es ese tonto?
y qué significan tantas
cortesías?

Bit. Con perdón
de su Excelencia se llama
Peters, y es mi hijo.

Cond. Ah! sí.

Y cómo estamos de caza?

Bit. Oh! de caza grandemente.
Mas yo he preparado varias
diversiones á mis amos.
Excelencia, es una octava
maravilla ver el parque
obeliscos, lontananza,
ruinas y... qué sé yo!
Por egemplo, allí á la entrada
del bosque, sobre el arroyo,
hay una puente labrada
á la chinesca... mas cómo!
con qué solidez!

Cond. Pues váva,

Se levanta.

hombre, mientras que comemos.
Llévame á ver esas raras
invenciones.

Bit. Sí, Señor,

Biterman le da el sombrero.
pues Vuecelencia lo manda,
tendré el honor de servirle.

Peters. Yo tambien.

Cond. Pero, Madama

Miler, ¡Vmd. trabajando,
sin hablar una palabra!
qué es esto? yo vuelvo pronto,
y quiero verla ocupada
seriamente en discurrir
como variar las gracias
y los placeres del campo.
Vamos, que ya tengo gana.

A Biterman.

de ver la puente chinesca.

Bit. Es magnífica.

*El Conde, Biterman y Peters parten
por la derecha de los actores. Eula-
lia, que desde que se fue la Conde-
sa se puso á bordar, derramando
lágrimas sobre el bastidor, y su-
mergida en una profunda meditacion,
que solo interrumpe su llanto des-
pues de haberse ido los de la escena
anterior, dice, ya puesta
en pie.*

Eul. ¿Qué pasa

en mi corazón? Dios mío,

¿qué mocion inesperada
ha sentido, que mi llanto
jamás con tanta abundancia
se vertió! cuando el dolor
me obedecía, las gracias,
la presencia de aquel niño
han aniquilado el alma
de una infeliz. Ay! ¿su nombre
recuerda cuanto amaba
mi corazón en la tierra!

¿Tambien esta madre ingrata
tiene un Eugenio! un Eugenio!
cuya maternal crianza

no es obra mia. ¿Si ha muerto!

¿quién sabe si ante las plantas
del Dios de los inocentes,
él y mi pequeña Amalia
piden contra mí? oh idea

cruel! ¿por qué despedazas
mi corazón, y su llanto
moribundo me retratas,

si no hay remedio? ¿por qué
me pintas su amable infancia
luchando contra el dolor,

é implorando en su desgracia
la compasion que les niega
una mano mercenaria?

¿Y cruel los abandona
su madre desventurada.

é insensible ! ¡ ay , cuán culpable criatura soy ! se me arranca el corazon al pensarlo.
 ¡ Y cuando , cuando mi amarga pena me devora el pecho ! cuando debo en mis palabras aparentar un placer de que no goza mi alma.

Sale Peters apresurado , y gritando.

Pet. Ay , Dios mio ! ay !

Eul. Qué es eso ?

Pet. Que el Conde ha caído al agua , y su Excelencia se ahoga.

Eul. Pero ha muerto ?

Pet. No le falta mucho ; pero no se ha muerto.

Eul. Pues no grites , vamos , calla , que su esposa...

Pet. Que no grite ?

ay , Dios de mi alma !

Gritando mas.

que se ha mojado el Señor.

Salen la Condesa y el Mayor.

Condesa. Por qué das voces ?

May. ¿ Quién causa este ruido ?

Enl. Señora , un ligero acaso , nada ; ya está fuera de peligro el Conde ; es verdad ? *A Peters.*

Condesa. Madama , pues qué ha sido ?

Pet. La maldita puente chinesca... y estaba fuerte ; pero , va se ve... ¡ tambien el Señor se agarra de los maderos ! si aquello no está para sufrir chanzas. Toma , así que los tocó , puf , se cayeron al agua , y el Señor se fue detrás.

Condesa. Ay , mi esposo !

Eul. Pero , vaya , *A Peters.* no le sacasteis al punto ?

Pet. Quién ? yo y mi padre ? ya baja ! lo que hicimos fue gritar , y gritar por las cabañas. A nuestros gritos llegó aquel hombre que no habla nunca , y soltando la ropa se tiró de un salto al agua , agarró al señor de un brazo ,

en la orilla me le planta bueno y sano , y se marchó sin decir una palabra.

Condesa. Ay , hermano ! ay , Miler mia ! venid , corramos en alas del deseo á dar al Conde nuestro favor , y las gracias al generoso extranjero , que le sacó de las aguas.

Vanse precipitados.

El teatro representa la escena primera del primer acto. El Baron aparece sobre un asiento rústico , y de allí á un momento sale Frantz.

Frantz. Quiere Vmd. comer ?

Bar. No.

Frantz. Vamos , un pichon.

Bar. No tengo gana : come tú.

Frantz. Quizá el calor...

Bar. Puede ser.

Frantz. Pues bien , ¿ se guarda para la noche ?

Bar. No , come.

Frantz. ¿ Me da Vmd. licencia para *Después de algún silencio.*

hablarle un poco !

Bar. Sí , Frantz.

Frantz. Pues , Señor , Vmd. acaba de hacer una buena accion.

Bar. Cuál ?

Frantz. La de salvar...

Bar. Oh ! calla.

Frantz. Sabe Vmd. á quien ?

Bar. A un hombre.

Frantz. Pero un hombre que se llama el Conde de Walberg.

Bar. Bien.

Frantz. Ese proceder me arranca *Otro silencio.*

mil lágrimas de ternura.

Bar. Qué debilidad !

Frantz. ¡ Una alma tan noble ! tan generosa !

Bar. Tú me adulas ? vamos , basta , *Se levanta.*

vete.

Frantz. Cuando yo en silencio pienso en la jamás exhausta piedad de Vmd. ; en el gozo

con que alivia las amargas penas de cualquier hombre, y que á pesar de tan grata virtud no es Vmd. felice, se me parten las entrañas de dolor.

Bar. Ay, buen amigo!

Alargando la mano.

Frantz. Amado Señor, si tanta...

La coge, y habla.

melancolía procede de alguna enfermedad rara, yo sé de un médico docto, que quizá podrá curarla.

Bar. Ay, Frantz! mi mal es aquí, *l'one la mano sobre el corazon.* y á esta enfermedad no alcanzan los remedios.

Frantz. ¿Con que luego es Vmd. por otra causa realmente desdichado, siendo tan bueno? ¿Qué amarga situación es la de Vmd.!

Bar. Yo sufro, sin que lo haya merecido.

Frantz. Pobre amo!

Bar. ¿Olvidas que esta mañana dijo el anciano que aun hay otra vida mas feliz? pues calla, esperemos y suframos.

Frantz. Esperemos.

Bar. Frantz.

Despues de algun silencio.

Frantz. ¿Qué manda Vmd.?

Bar. Es fuerza partir.

Frantz. Y adónde será la marcha?

Bar. Dios lo sabe.

Fra. Yo estoy pronto á seguir á Vmd.

Bar. ¿Me engañas,

Frantz?

Frantz. Señor, hasta la muerte.

Bar. Ay! ojalá! allí descansa

Con vehemencia.

para siempre el infelice.

Frantz. El justo goza de calma en todas partes. ¿Qué importa la tempestad que amenaza en derredor de nosotros, si vive tranquila el alma? fuera de que, ¿no está Vmd. contento en su solitaria

habitacion?

Bar. No: mil gentes desconocidas acaban de llegar á ese castillo; y los que ignoran las gracias de la soledad acaso llamarán extravagancia y ridiculez mi humor.

Frantz. No, Señor, la temporada que le habiten será corta; es un enjambre que vaga aquí y allí, sin deseo de posar sobre las ramas de la soledad; la moda le trae aquí, y mañana el frio y la moda misma le llevarán de reata á su primera colmena.

Bar. Me parece, que acibaras *Con desconfianza.* tu reflexion.

Frantz. Esto es fuerza mezclar tal vez con las gracias la seriedad.

Bar. Y presumo, que acaso cuando le falta objeto á la burla tuya, lo soy yo.

Frantz. Quién, Vmd.? vaya, volved á caer de nuevo en esa desconfianza universal. Es posible...

Bar. Pero aguarda, Frantz, aguardas *Mirando adentro.*

¿qué uniformes, qué plumages son aquellos que se alcanzan á ver? huyamos.

Frantz. Huyamos.

Bar. Y presto; si yo tardara en hacerlo, era preciso cerrar para siempre mi estancia á su importuna visita, y yo en ellos no extrañara que á mi pesar penetrasen hasta mi retiro: basta, que llegan, voy á cerrar mis puertas y mis ventanas. *vase.*

Frantz. Y yo aquí de centinela.

Puscando.

Con efecto no se engañan en que á nosotros nos buscan; pero al cabo, si ellos tratan

de saber quien es mi amo,
será en balde: no sé nada,
y nada sabrán.

Salen al bastidor la Condesa y su hermano.

Cond. Hermano,
aquel que por allí anda
será su criado.

May. Amigo, *Se acercan.*
¿podríamos ver mi hermana
y yo al extranjero?

Frantz. No.

May. Con pocos minutos bastan
para verle.

Frantz. Se ha encerrado.

Cond. Dígale Vmd., que una Dama
se lo suplica.

Frantz. Ay, Señora!
es en vano.

Cond. Cosa rara!
aborrece á las mugeres?

Frantz. A toda la especie humana.

Cond. Y por qué?

Frantz. Acaso le habrán
engañado.

Cond. ¿Extravagancia
poco galante!

Frantz. Es verdad;
pero tambien cuando halla
ocasion de dar la vida
á un hombre, corre y le salva,
exponiéndose á la muerte.

May. Mas vale, que no la falsa
y necia galantería:
pero tampoco una vana
ceremonia nos conduce
aquí para darle gracias.
La esposa, pues, y el cuñado
de aquel á quien de las aguas
ha libertado, desean
hacerle ver la eficacia
de su gratitud.

Frantz. Tampoco
gusta mucho de eso.

Cond. Vaya,
que es un hombre singular.

Frantz. Que solo vive en la calma
de la soledad.

Cond. No obstante,
yo quisiera verle para
saber quien es.

Frantz. Yo tambien.

Cond. Pues Vmd. que le acompaña,
no le conoce?

Frantz. Y muy bien:
esto es, conozco el alma
virtuosa que le anima;
porque á la verdad, Madama,
¿ juzga Vnecencia que solo
con saber el nombre basta
para conocer al hombre?

Cond. Tiene Vmd. razon, me agrada
ese modo de pensar.

Y Vmd. quien es?

Frantz. Yo, Madama...
un criado de Vnecencia. *vase.*

Cond. Sin duda la extravagancia
de parecer singular
encierra en esa cabaña
á este hombre.

May. Y el criado
le imita bien.

Cond. Pues ya basta
de importunidad. Ahora
volvamos atrás, que tardan
mi marido y nuestra Miler.

May. Escúchame antes, hermana.
El accidente del Conde
nos interrumpió en la sala
del castillo, y aun ignoro
lo que le importa con tanta
verdad á mi corazon.
¿ Quién es esta muger sabia,
esta muger singular,
cuyas virtudes y gracias
me han enamorado tanto?
y te lo suplico, habla.

Cond. ¿ No sabes ya que lo ignoro?
qué te admira? es una exacta
verdad. Cuando yo la ví
por primera vez en casa,
me pareció sumergida
en su dolor, y entregada
á la tristeza. Con todo
no le pregunté la causa
de su pesar, porque juzgo
que los secretos que guarda
el desventurado, son
su desventura, y un alma
sensible ha de distraer
al infelice que calla
del objeto de su llanto.

May. ¿ Pero cómo tuvo entrada
en tu casa?

Cond. Veslo aquí. Tres años habrá que estaba yo en el castillo; y un día por la tarde mis criadas me dijeron que una joven solicitaba la gracia de hablarme. Dije que bien; cuando pareció Madama Miler con esta modestia, esta sencillez que arrastra el amor; pero sus ojos con mil signos demostraban el tormento roedor, que se ha convertido en grata y dulce melancolía. Ella se arrojó á mis plantas, pidiéndome que salvase á la mas desventurada de la tierra. Yo sensible á su llanto y á las gracias de su juventud, la alcé, prometiéndola mi casa, mi proteccion y amparo, sin afligir mas su alma con preguntas dolorosas; pero procuré con ansia conocerla: y advirtiéndome la virtud que se hospedaba en ella, muy desde luego no la admití por criada como pidió, sino amiga. Un día, pues, que pasaba con ella por estos campos, la ví aborta, enagenada, y con el alma en los ojos, contemplando la inexhausta é inponderable belleza de estas plácidas campañas. Por lo mismo la propuse mi castillo por morada constante de su infortunio. Ella, sin que otra palabra pudiese articular, cogé mi mano, la besa y baña con llanto: su corazon agraciado brillaba en su llorar silencioso. Desde entonces, retirada en mi castillo, pródiga de mi piedad en las cabañas del contorno con secreto; y en fin, Mayor, adorada

de cuantos la ven, habita en mis campos solitaria. Ve aquí, amigo, lo que sé. **May.** Poco á la verdad, ó nada para dejar satisfecho mi deseo; pero basta para mi resolucion. Ayúdame; tu eficacia puede hacer que se declare y con tal que sea honrada su familia, es mi mujer. **Cond.** Quién? **May.** Miler. **Cond.** Hermano... **May.** Hermana... querrás decir... **Cond.** Poco á poco. Las máximas que reclaman la igualdad de los estados no juzgues que son extrañas para mí; pero vivimos en sociedad; y la vara de la opinion... **May.** Enriqueta, en vano, en vano, te causas: la virtud es siempre noble. Una pasion no esperada, tan rápida como activa, me subyuga y me arrebató. Yo no repugno á esconderme en la tranquilla morada de la obscuridad, si en ella puede reposar el alma en paz y dichosa. **Cond.** Pero ¿qué me quieres ya vez tú, que no me falta que responder: tú, Mayor, debes respetar tu casa y á tus amigos. **May.** Yo debo á mi hermano (concluyamos, pues, hermana) ser feliz y hacer felices á mis hijos, y me basta mi corazon para guia. **Cond.** Ahora el amor apaga las luces de tu razon, y no adviertes en las causas que pudieran destruir tu intencion. Quizá, Madama Miler, podrá recibir tu oferta sin repugnancia. **May.** Ve ahí para lo que imploro

tu persuasión y tu gracia.
 Bella Enriqueta, conoce
 mi corazón á quien cansa
 y siempre cansó la necia
 galantería. La llama
 del amor, ó lo que usurpa
 su nombre no tuvo entrada
 jamás en él, y un amigo
 en otro tiempo llenaba
 toda su capacidad:
 hoy amo en fin, y me arrancas
 la felicidad, si estorbas
 una union tan deseada.
 Pero compadéceme,
 habla por mí.

Cond. La palabra
 te doy de hacerlo, aunque veo
 tu error. No te persuadas,
 sin embargo, que confío
 convencerla... pero calla,
 que llegan aquí...

Salen Eulalia, y el Conde por la derecha.

Cond. Por Dios,
 señora Miler, que anda
 Vmd. por doce: no, amiga,
 para el necio que apostara
 con Vmd.

Eul. Eso es costumbre,
 y á las dos ó tres semanas
 que V. E. lo egerciera
 no le costaría nada
 el andar.

Cond. ¿Y dónde está
 Biterman? le daré gracias
 por su puente á la chinesca,
 que á fe mía, es una alhaja
 digna de un Príncipe.

Condesa. Y bien,
 dime, ¿ahora dónde estabas,
 que te íbamos á buscar?

Conde. Dónde estaba? con Madama
 venia; yo no sé mas,
 porque, amiga, mientras habla
 Miler no sé donde estoy.

Eul. En la colina cercana,
 hemos estado á la orilla
 del rio que su pie baña,
 y fertiliza el contorno.

Conde. A la verdad, que es muy grata
 y amena la perspectiva
 que ofrece nuestra comarca,

mas oír la descripción
 poética y entusiasta
 de las bellezas del campo
 en la boca de la sabia
 Miler, es mas agradable.
 Con todo sino se enfada

A Miler.

Vmd., basta de paseo:
 me ha cansado la mañana,
 y luego el salto que he dado
 por Biterman.

Condesa. Si te cansas,
 vamos al castillo.

Conde. No;
 yo estoy fatigado para
 andar de nuevo, y la sed
 me molesta: que nos traigan
 cerveza inglesa. Mayor,
 qué tal? bajo la enramada
 la beberemos.

Condesa. Muy bien;
 y en tanto que tú descansas,
 la bella Miler, si gusta,
 me acompañará.

Conde. Pues vaya,
 no os alejéis. Voto vá!
 que no hay ninguno de casa
 que vaya por la cerveza.
 Ello es cierto que me enfada
 un holgazán de lacayo,
 que me cuente las pisadas;
 mas ahora... allí está Peters...

Mirando adentro.

que anda á vueltas con las ramas
 de un peral. Peters, muchacho,
 eres sordo?

Dentro Peters.

¿ Quien me llama?
Conde. Yo; ven acá, que otro día
 te comerás las que faltan.

Dentro Peters.

Voy allá.
Condesa. Pronto.

Sale Peters con muchas peras en el seno.

Aquí estoy.

Conde. Mira, vete sin tardanza
 al castillo por un frasco
 de cerveza (y no te caigas
 con él) que lo llevarás
 allí debajo: despacha.

Peters. Voy corriendo. *Vase.*

Conde. Señoritas, hasta luego.

Se van por el fondo de la derecha.

Condesa. A Dios, Madama Miler, y bien, que os parece mi hermano?

Eul. Que en él se hallan mil prendas que le hacen digno de serlo.

Condesa. Ya yo esperaba una lisonja de Vmd.

Eul. Muy lejos de cualquier vana consideracion, le miro como un hombre á quien no falta ni el valor, ni la virtud.

Condesa. Bella Miler, ni gallarda persona: ¿no es verdad?

Eul. Sí.

Condesa. Pero un sí, dicho con tanta *Remedándola con amistad.* indiferencia es un no: y sin embargo idolatra en Miler. ¿Qué dice Vmd.?

Eul. Que una burla poco urbana es indigna de V. E.; pero esta será una chanza inocente, y sin embargo está mi alma tan lejana de admitirla...

Condesa. Como Vmd. de ser el objeto: basta, que os hablo con seriedad.

Eul. Yo no afectaré una falsa *Llena de embarazo.* modestia; pero V. E. me confunde y embaraza.

Fue un dia es verdad, Señora, en que brilló alguna gracia en mí; pero el infortunio ha borrado en su venganza las facciones de mi rostro. Ay! So'lo la paz, la calma del corazon embellecen á la muger y las gracias de que se enamora el justo deben anunciar un alma tan pura como tranquila.

Condesa. ¡Ojalá que yo probara la satisfaccion de ser tan virtuosa!

Eul. Madama, *Con vehemencia.*

¡oh, no lo permita el cielo!

Condesa. Cómo? *Admirada.*

Eul. Perdonad la causa de mi agitacion. Señora, soy una desventurada. Tres años de pena y llanto no hacen digna mi desgracia de la amistad de V. E.; pero sí de su inexhausta misericordia. *Quiere irse.*

Condesa. No, Miler, venga Vmd. acá; se trata de un asunto, que merece atencion. La inesperada sentencia que Vmd. se impone á la verdad no me causa extrañeza: Vmd. parece á un enfermo que juzgaba ver el infierno á su lado, y este infierno solo estaba en su cabeza.

Eul. Ah, Señora! que el infierno me acompaña en el corazon por siempre.

Condesa. Miler, la amistad es grata *Tomándola las manos.*

y consoladora. Nunca exigí la confianza de Vmd. sobre su infortunio; y ha tres años que mi casa oculta su desventura; mas hoy otra nueva causa me anima para saberla. Vmd. habla con su hermana, con su amiga, y para prueba, un hombre de bien os ama. Vmd. quizá llamará ligereza lo que acaba de oír; pero, amiga mia, mi hermano posee un alma sensible, un corazon noble, y una virtud no violada. Él buscaba una muger, que reuniese la sabia educacion y belleza; y la virtud y las gracias le han enamorado en Miler. La primera vez que hablaba con Vmd., su compasion, su beneficencia... vaya, *Miler demuestra vergüenza.* cara Miler, no prosigo,

porque juzgo que se agravia
la modestia generosa
de Vmd. En una palabra,
él aspira á ser su esposo:
su felicidad descansa
en Vmd. sola; y supuesto
que Vmd. me ve interesada
en saber su desventura,
haga Vmd. mas confianza
de su amiga. *Bella Miler,*

Con la ternura de amistad,

mi corazon se dilata
para recibir sus penas;
haga Vmd. por derramarlas
en él, y lloremos juntas,
si yo no puedo aliviarias.

Eul. No hay remedio; el sacrificio
mas doloroso que el alma
me sugiere arrepentida,
es renunciar voluntaria
á la estima de los buenos.
Es preciso (*Triste Eulalia,* *Apart.*
empieza á pagar tu culpa.)

¿Nunca oyó V. E. ? Ay! basta,

Apartándose con miedo,

perdon... ¿Nunca oyó V. E.
el nombre?... ¿Desventurada!

¿Cuanto es cruel disipar
la ilusion en que apoyaba

V. E. su compasion! *Apart.*

(¿Pero una muger culpada
podrá ser tan orgullosa!
No hay remedio.) En fin, *Madama,*
¿Nunca oyó V. E. el nombre
de la criminal Eulalia,
Baronesa de Menó?

Condesa. ¿Que vivia en la cercana
Corte? Sí, *Miler,* y juzgo
que ha causado la desgracia
de un hombre de bien.

Eul. Dios mío!
de un hombre de bien!

Condesa. Ingrata!
y dicen que con un joven
huyó la infiel de su casa.

Eul. Verdad, verdad... ah, Señora!

Se arrodilla.

deja que inunde tus plantas
con mi llanto; no me niegues
una infelice morada
donde pueda yo morir.

Con. ¡Gran Dios! ¿y qué es lo que habia

Apartándose de ella.

esta muger? Vmd. es...?

Eul. Yo, la mas desventurada
y abominable criatura.

Condesa. Vmd. será...? ¿Desgraciada!

El corazon se le rompe
de dolor, y mis entrañas
se conmueven con su llanto.

Vamos, alce Vmd. su amarga
situacion me compadece;
pero evitemos que salga
de nosotras un secreto,
que Vmd. con razon callaba.

Eul. Ah! mi conciencia, Señora,
mi conciencia me amenaza
con su grito vengador.

No me aborrezcais.

Condesa. Eulalia,

no, yo no aborrezco á Vmd.

Sus virtudes, sus desgracias,
su mismo remordimiento

no borrarán una falta

tan odiosa; pero nunca

negaré á Vmd. en mi casa

un aposento en que llore

de un esposo que la amaba

la pérdida irreparable.

Empieza á vagar furiosa por el

teatro.

Eul. Irreparable!

Condesa. ¡Oh incauta!

¡oh desgraciada muger!

Eul. ¿Y mis hijos!

Condesa. Basta, basta,

por Dios.

Eul. ¿Él sabe si viven!

Condesa. ¡Pobre madre!

Eul. Me arrebatan

al hombre mas virtuoso.

Condesa. ¿Infeliz!

Eul. Quemé el arrabal

en esta muger indigna. *Con terror.*

¡Miserable yo! ¡Si su alma

inocente me acrimina

ante Dios!

Condesa. Ah! cómo vagan

sus ojos con el furor!

Eul. ¡Murió para mí!

Condesa. La espada

del dolor hiere su pecho.

Eul. ¡Padre mio! tu malvada

hija te onesta la vida.

Condesa. ¡Cuán cruel es la venganza de la ultrajada virtud!

Eul. ¡Y yo vivo!

En todo el incremento de la pasión.

Condesa. Desdichada, ¿quién habrá que te aborrezca, viéndote llorar? La falta

A ella, con amor.

de Vmd., infelice amiga, quizá no habrá sido tanta: la debilidad de Vmd.

ha sido un sueño, una vana y pasajera ilusión.

Eul. Con viveza. No, no, mi culpa es bien clara, bien horrorosa, y querer hacerla menor agrava mi tormento... Ah! nunca, nunca es mayor, que cuando trata mi razón de disculparme: no hay disculpa, ni se halla para mi crimen. El triste consuelo mio dimana de saber que he merecido la execración de las almas justas.

Condesa. Pero tambien ellas no le negarán su gracia á las lágrimas de Vmd.

Eul. Ah! si V. E. lograra *Mas tranquila.*

conocer á mi buca Carlos! cuando esta muger ingrata le vió... ay! él reuñia las virtudes y las gracias: apenas tenia yo quince años.

Condesa. ¿Y casada cuanto estuvo Vmd. primero que abandonase la casa de su marido?

Eul. Dos años.

Condesa. Pues luego ve aquí la causa de un yerro á que no asentía el corazón: su temprana juventud.

Eul. La juventud no me disculpa, Madama. ¡Oh inocente padre mio! tú grabastes en mi infancia los principios del honor.

Condesa. Lo creo; pero la incauta inexperiencia resiste á la seducción? y ¡cuantas, cuantas veces ha caído la virtud en las lazadas de un corruptor cauteloso!

Eul. Pues ve aquí lo que se llama incomprehensible en mi yerro. El autor de mi desgracia y cómplice del delito se confundia en su nada comparado con mi esposo. Mas su lengua inveterada en la seducción, sabia pintar cruel y tirana la virtud de Carlos: este tampoco lisonjeaba los caprichos de mi lujo, que tanto aprecian las almas nuevas como yo imprudentes, y la elocuencia malvada de mi corruptor indigno seducia é inflamaba

mi vanidad. En fin... ay! padre, esposo... hijos... ¡oh caras prendas! todo lo dejé por seguir... á quién? La innata Providencia se ha vengado, permitiéndome que abra los ojos sobre mi culpa. Mil tormentos despedazan mi corazón. Ah! yo siento

Se señala al corazón.

aquí, aquí... ¡Justicia santa de mi Dios! yo lo merezco, y te adoro en tu venganza.

Condesa. Pero un alma virtuosa no pudo hacer dilatada su ignominia.

Eul. Lo bastante para jamas expiarla. Ah! sin duda mi embriaguez pasó presto, y en la amarga pena que me circuí, invoqué desconsolada el hombre á quien ofendí; pero en vano: procuraba tal vez escuchar el llanto de mis hijos, que llamaban á su madre, pero en vano.

Condesa. Dejenos ya tan ingratas memorias. Vmd., en fin,

huyó de aquella tirana
cautividad ?

Eul. No pudiendo
soportar la odiosa carga
de mi error, vine á buscar
un asilo en la morada
de la virtud generosa,
donde pue ta mi desgracia
llorar y morir.

Condesa. Amiga,
desde ahora se derrama
en mi corazón su llanto:
¡ojalá hiciera mas grata
la suerte de Vmd. mi amor,
animando su esperanza !

Eul. Ah! nunca, nunca.

Condesa. Y Vmd.

¿ qué sabe del Baron ?

Eul. Nada.

Solo sé que abandonó
su mansion amancillada
con mi desdoro.

Condesa. ¿ Y los hijos ?

Eul. Los llevó consigo.

Condesa. Basta

por ahora, que mi hermana
y el Conde vuelven. Eulalia,
Vmd. componga su rostro,
y oculte su desgraciada
situacion, que yo prometo
informarme donde para
Salen el Conde y el Mayor.
el Baron.

Conde. Y bien, Señoras,
¿ no hacemos la retirada ?

Condesa. Cuando quieras.

Conde. Di, Condesa,
¿ es cosa de que haga falta
el extranjero á la cena ?

Condesa. Ni siquiera una palabra
nos ha querido escuchar.

Conde. A la verdad, que es bien rara
criatura, pero no importa,
es fuerza que yo la haga
conocer mi gratitud.

Conduzcamos estas damas
al castillo, y tú, Mayor,
si quieres, me harás la gracia
de suplicarle que venga.
Dile, que le hago la instancia
por tí, por no sourojar
su modestia ; que le guarda

el objeto de su zelo
generoso, y que si tarda
en venir, iré yo mismo
á sacarle de su estancia.

May. Yo admiro la comision,
y la haré con eficacia
y placer. Su beneficio
es de aquellos que se graban
en un corazón sensible
y que la amistad consagra.

*El Conde da la mano á Eulalia,
que aparenta serenidad: el Mayor
da el brazo á su hermana, que no
se atreve á mirarle. Por la posi-
cion, la Condesa está cerca de Eu-
lalia, y le pasa el brazo por el
cuerpo con amistad.*

ACTO TERCERO.

*Sale Frantz con un cestillo en la
mano, en el cual se supone que
trae la comida, que quiere
hacer en aquel campo.*

Frantz. A la verdad esta vida
pacífica es de mi genio,
y no las agitaciones
anteriores. El sosiego
del corazón hace grato
cualquier frugal alimento,
que como tranquilo siempre
bajo este sereno cielo.
Pero quién viene ?

Sale el Mayor.

May. Querido,
llame Vmd. al extranjero,
que quiero hablarle.

Frantz. Señor,
es imposible ; mi dueño
huye de hablar con los hombres.

May. Vaya Vnd., en el supuesto
de que no soy un ingrato.

Le ofrece un bolsillo.

Frantz. No necesito dinero.

May. Pues bien, amigo, si quiera
satisfaga Vmd. mis ruegos.
Dígale Vmd. á su amo,
que el sacrificio ligero
de tres ó cuatro minutos
no le podrá ser molesto.

é importuno : que yo soy un militar tan sincero como él generoso , en fin , cuanto pueda darle peso á mi súplica : sí , amigo.

Frantz. Voy , Señor , á ver si puedo

Despues de algun silencio.

hacerte venir. *Vase.*

May. Muy bien.

Pero si viene , ¿ qué med' o tomaré para introducir mi súplica ? no me acuerdo de haber tratado en mi vida misantropo mas austéro ni decidido : yo ignoro como hablar con un sugeto á quien su misma existencia , y á quien todo el universo se le han hecho soportables.

Frantz. Aquel es.

El Baron y Frantz por la izquierda.

Baron. Vuélvete adentro.

¿ Quién me busca ?

May. Vmd. perdone , caballero , sí... qué veo !

¿ eres tú Menó ?

Bar. Horst mio !

Se abrazan.

May. ¡ Mi buen amigo ! ¿ es un sueño ?

Bar. No : yo soy.

May. ¡ Válgame Dios !

Mirándole con dolor.

¿ qué pesares han deshecho tu noble fisonomía ?

Bar. La mano del vituperio y la desventura... (Cárlas ! Apart. calla , calla ,) y di , ¿ qué objeto te conduce á mi cabaña ?

May. El de hablar á un estrangero insocial , y vesme aqui llorando en el dulce pecho de mi Cárlas.

Bar. ¿ Luego tú no sabias que en el centro de esta soledad vivia Menó ?

May. No , amigo ; el suceso de haber salvado la vida de mi cuñado me ha hecho venirme á buscar en nombre de su gratitud : primero te vino á llevar mi hermana consigo al castillo , á efecto

de hacerse gozar el fruto de tu beneficio en medio de su inocente familia : yo en fin venia de nuevo á suplicarte lo mismo , y este acaso me ha devuelto un amigo á quien lluraba perdido por largo tiempo , y de quien mi corazon necesitaba el consuelo.

Le abrazá.

Bar. Soy tu amigo , sí , tu amigo ; tu corazon es sincero y virtuoso , y el mio te ama como en un tiempo te amó. Horst , ¿ te lisonjea una verdad que confieso en la efusion de mi alma ? pues dame una prueba de ello , dejándome para siempre.

May. Cuanto escucho y cuanto veo es incomprehensible , Cárlas. Tú eres ; pero echo menos aquel rostro , que anunciaba tus virtudes , tu talento , tu afabilidad y gracias , que un dia constituyeron tu caracter.

Bar. Tú te olvidas que estás hablando de tiempos muy lejanos á nosotros.

May. ¿ Muy lejanos ? yo comprendo que tu edad , que apenas llega á treinta y seis años... pero ¿ por qué evitas las miradas de un amigo ? ¿ tienes miedo de que conozca en tus ojos tu dolor ? ah ! ¿ qué se ha hecho aquella penetracion con que leias lo interno del corazon ?

Bar. Sí , Mayor ,

Con una sonrisa dolorosa.

fui muy habil , lo confieso , en leer los corazones.

May. Ah ! ¿ cómo agita tu aspecto esta funesta sonrisa ! ¿ qué te sucede , qué es esto , amigo ?

Bar. Lances comunes ;

Afectando ligereza.

el mundo... nada... sucesos

ordinarios... sino quieres
Volviendo á su primera seriedad.

que te maldiga, te ruego
que no me preguntes nada;
y si tienes en aprecio
mi amor, déjame por siempre.

May. ¡ Qué espectáculo tan nuevo
para mí! Caro Menó,
que despierten en tu pecho
las ideas del placer
anterior, y que tu muerto
corazon se reanime
á los ojos del primero,
del mejor de tus amigos.
¿Olvidas quizá los bellos
días de nuestra amistad?
¿ aquellos días serenos
y las pacíficas horas
en que el Dios del universo
apareciendo en sus obras,
penetraba hasta los senos
del alma, y la disponia
á los plácidos afectos
de confianza y de amor?
Ay! en aquellos momentos
nos unimos para siempre!
te acuerdas, Carlos?

Bar. Me acuerdo.

Procurando ocultar su turbacion.

May. ¿ Y no merezco yo ahora
tu confianza? ah! no es cierto,
que tú y yo fuimos amigos
no de los que reúne un necio
capricho por un instante,
y el instante venidero
los desune, siempre juntos
hemos volado al encuentro
de la muerte... Carlos mio,
yo te juro que padezco
en recordarte las pruebas
de mi amor... pero á lo menos
¿ reconoces esta herida?

Se descubre el pecho.

Bar. ¡ Ay, hermano! ese sangriento

Le abraza.

golpe libertó mi vida,
¡ pero qué don tan funesto
hiciste en ella á tu amigo!

May. Habla, por Dios.

Bar. No hay consuelo
para mí.

May. Lloremos juntos.

Bar. Ve ahí lo que yo no quiero? é
ya no hay mas llanto en mis ojos.

May. Pero depon tus secretos
en mi corazon, y el tuyo
descansará.

Bar. No hay remedio:
este mio es un sepulcro
cerrado; ¿ por qué de nueva
abrirle á la luz?

May. Acaso
para cobrar tu primero
ser, tu dignidad antigua,
que has perdido. Me avergüenzo
de ti, ¿ un hombre tan prudente
dejarse hollar indiscreto
por la suerte? Tú no eres
mi buen Menó, compañero,
maestro y amigo mio:
la nobleza de tu recto
corazon debió elevarte
sobre tu destino adverso
y la injusticia del hombre.

Bar. Escucha. Que desde luego

Despues de un corto silencio.

piense de mí lo que quiera
ese mundo que aborrezco;
pero es fuerza que al dejar
la sombra de tu primero
amigo, sepas la causa
que aniquiló sus afectos
mas plácidos para siempre.
Hermano! desde el momento
en que dejamos las tropas
de Francia, huyó sin remedio
la ventura de tu amigo.
El deseo lisonjero
de ser útil á mi patria
me fijó en ella. Defectos
de legislacion, y abusos
del poder dieron al zelo
de mi pluma un largo espacio;
y solo adquirí por premio
la certidumbre terrible
de que pueden ser los buenos
aborrecidos sin causa.

Herido en lo mas interno
de mi corazon, callé...

¡ Tardío conocimiento!

ah! los hombres no perdonan
nunca al virtuoso necio,
que ha querido ser mas sabio
que los otros: y en efecto,

tal fue mi suerte. Yo triste,
 viví solitario y lejos
 de la multitud. Mi patria,
 esperando que en su seno
 gozara yo de mis bienes
 me dió el no pedido empleo
 de teniente coronel,
 que admití, sin el anhelo
 de ser mas. Mi coronel
 murió, y en mi regimiento
 habia tres oficiales
 de mi grado y de mas precio
 por sus méritos que yo.
 Juzga tú cuan satisfecho
 me quedaria, si hubiera
 recaido en uno de ellos
 la eleccion; pero la Dama
 de un Ministro sin talento
 y con amor, dió aquel grado
 á un mozo vano y soberbio
 que seis meses hace habia
 hecho el primer juramento
 en las banderas; y airado
 pedí mi retiro. En esto
 corrieron por la ciudad
 mil sátiras y libelos
 sobre su eleccion injusta,
 que me imputaron. Yo, lejos
 de humillarme á desmentirlos,
 sufrí sin pavor los hierros
 de una prision; pero apenas
 me vi libre, dejé un pueblo
 fatal á los virtuosos.
 Confiado yo en mi recto
 corazon y en mi tardía
 prudencia, desprecié el riesgo,
 de vivir entre los hombres,
 y vine á Cásel. Risueño
 todo, todo venturoso
 me parecia en mi nuevo
 domicilio: mi fortuna
 y carácter me adquirieron
 varios amigos... ¡Amigos!
 En fin, á muy poco tiempo
 hallé una esposa inocente,
 jóven, bella, y el modelo
 de la virtud y las gracias.
 ¡Cuanto la quiso mi tierno
 corazon! ¡y cuán felice
 viví con ella en el seno
 de mi plácida familia,
 y con el nombre halagüeño

de padre! Sí, amigo mio,
 ve aqui los solos momentos
 en que conocí la dicha...
 Ay, misero! Cómo? ¡aun vierto

Limpiando los ojos.

lágrimas! ya no esperaba
 derramarlas. Acabemos.
 Uno á quien llamaba amigo,
 y á quien juzgaba sincero
 y justo, robó mi casa.
 Yo devoré el sentimiento
 de mi pérdida, y tranquilo
 conocí, que satisfecho
 el corazon, no codicia
 esos goces pasajeros
 del lujo: en fin desterré
 de mi familia el exceso
 inútil; y limitando
 mi sociedad á un estrecho
 círculo, conservé en ella
 un jóven, cuyo modesto
 lenguaje, cuya conducta
 justificaban mi aprecio,
 á quien prodigué mi hacienda,
 para quien obtuve empleos
 y cargos... y este sedujo
 á mi muger en secreto,
 y huyó con ella. Ya sabes
 mi desgracia. ¿Basta esto
 para motivar mi odio?
 odio universal y eterno,
 ¿ó llamarás ilusion
 mi afrenta y mi vituperio?
 Ay! el alma de Menó
 pudo soportar el peso
 de los hierros, la injusticia
 y la muerte; mas los hierros,
 la injusticia y aun la muerte,
 ¿qué pueden ser en cotejo
 del agravio de una esposa,
 el dulce y único objeto
 de mi amor, y por quien solo
 me fue grato el universo?

May. No era digna de ti, Carlos,
 y llorar sin mas consuelo
 por una muger infiel
 es delirio. *Bar.* No me ofendo
 de que llames como quieras
 las afecciones que pruebo;
 pero el corazon no cede
 á la fria razon... Cielos!
 yo la amo aun.

May. Dónde está?

Bar. Ni lo sé, amigo, ni quiero saberlo. May. Pero y tus hijos?

Bar. En una aldea no lejos de mi soledad se crían, humildes á los preceptos de una muger buena y necia.

May. ¡Siempre Misanropo! Pero ¿por qué no viven contigo, como el único remedio de hacer menos dolorosa tu existencia?

Bar. No, su aspecto, copia de una ingrata madre, me ofrecería el recuerdo de mi fugitiva dicha: y en fin, amigo, no puedo sufrir en derredor mio ni los niños, ni los viejos, ni los hombres; y si el uso no me hubiera casi hecho indispensable un criado, no sufriría el que tengo, aunque sé que entre los malos quizá no es el mas perverso.

May. Ya veo, que á la amargura de tu dolor los consuelos ordinarios serán vanos; pero la amistad al menos te será grata. Ven, Carlos, donde te aguarda el afecto de mi familia.

Bar. Quién? yo? ¿yo frecuentar el comercio del hombre? Horst, ya lo dije.

May. Es verdad; pero yo creo que, á no ser un insensible, no puedes hacer desprecio de unas almas que agradecen.

Bar. Hermano mio, no niego que dices bien; pero si supieras cuanto padezco en ver á un hombre! no, amigo, déjame con el silencio de mi soledad.

May. Siquiera una sola vez te ruego.

Bar. No, no.

Sin aspereza.

May. Carlos, no refuses esta gracia á tu siacéro, á tu buen amigo.

Bar. Escucha.

Despues de reflexionar.

Tú lo suplicas, y quiero complacerte. Pero en fin, que sea como un encuentro casual, un solo instante.

Conducélos aqui, y luego que lleguen al pabellon, ven por mí, que yo te espero, y tú me presentarás.

May. Bien, y yo me lisonjeo que nos harás compañía en el castillo algun tiempo.

Bar. No lo esperes, y te exijo la palabra, el juramento de que no pondreis estorbo á la fuga que proyecto mañana. May. ¡Qué obstinacion!

Bar. Dame tu palabra, ó vuelvo á retractar la que di.

May. Bien, Carlos; pero...

Bar. Te advierto, que digas á tu familia, que mis adornos son estos que ves. *Señalando el vestido.*

May. No importa: mi hermano ama solo en ti lo recto de tu corazon. Ven, Carlos, abracémonos de nuevo, y admite las expresiones de la amistad. Ah! no creo, que este abrazo afectuoso

Le abraza.

haya de ser el postrero. *Vase.*

Bar. Frantz. *Sale Frantz.* Señor.

Bar. Mañana mismo partimos. *Frantz.* Bien.

Bar. Pero pienso, que lejos de aqui.

Frantz. Yo, vamos.

Bar. Quizá para pueblos de la otra parte del mar.

Frantz. Adonde Vmd. quiera.

Bar. Isleños pacíficos y felices del mar del Sur, ay! yo vuelvo á morir entre vosotros.

Los piratas europeos dicen que robais. ¿Que importa que me despojeis del resto de una propiedad inutil? El tesoro de mas precio,

el reposo de mi vida
me lo han robado en el seno
de mi patria. Viva yo
muerto para el hombre , muerto
para el universo , ingrato
origen de mi tormento.

¿ Oiste , Frantz ? á la aurora
mañana sin falta...

Frantz. Entiendo.

Saca el sobre de una carta.

Bar. Pero... Frantz, primero importa
que vayas sin perder tiempo,
á casa de la persona
que dice aqui. Yo te quiero
autorizar con mi letra
para que antes del sol puesto
te vuelvas con mis dos hijos.

Frantz. Vmd. hijos ! Bar. Sí.

Frantz. Qué genio !
válgame Dios ! y ha tres años
que sirvo á Vmd. sin saberlo.

¿ Luego Vmd. ha sido esposo ?

Bar. Frantz , no me atormentes necio
con preguntas.

Frantz. Pues me iré. *Vase.*

Bar. Aguárdame en mi aposento.

Sí , yo quiero acostumbrarme
á estrecharlos en mi seno.

Estos pobres inocentes
no deben quedar expuestos
á una educacion viciosa.

Oh, nunca sea! primero,
ignorados cual su padre,
corran por el campo abierto
con el arco y con la flecha,
como las auras ligeros,
y el arte de manejarlos
sea todo su talento.

Pero alguien se acerca. Vamos
á escribir primero , y luego
á cumplir con la amistad
por última vez.

*Vase , y salen la Condesa , el Conde,
Eulalia y el Mayor.*

Cond. Reniego
de tanto andar. Vaya , vaya,
que las Señoras me han puesto
en egercicio ; y fortuna
de que soy el compañero
de la bella y elocuente

Miler. Y bien , ¿ con que habemos
reducido al Misanropo

á venir aqui ? Por cierto,
raro hombre ! pero nunca
hará menor en mi aprecio
su virtud la extravagancia.

May. Voy por él ; pero te ruego
no exasperes su carácter
con instancias : por lo menos
la franqueza logrará
que desarrugue su ceño.

Vase.

Cond. Bien , haré lo que tú quieres.
Vamos , muger , ve aqui el tiempo
de hacer uso de tus gracias:
tú ya estás en el empeño
de curar este salvaje
melancólico extrangero,
y ello es fuerza.

Cond. ¿ Quién pudiera
conquistar á nuestro sexo
un hombre , que ha resistido
á los ojos halagüeños
de nuestra Miler ?

Eul. Señora,
aun cuando no fuera incierto
ese poder en mis ojos,
mis ojos nunca le vieron.

Cond. Qué rareza ! pero él llega
con mi hermano. Yo celebro
ver al hombre generoso...

Eul. Ay ! Bar. Dios mio !
*Carlos hace al llegar una cortesía
á las damas , Eulalia le mira, dice
Ay ! y cae desmayada en los brazos
de la Condesa : Menó la reconoce,
y al decir Dios mio ! tapándose el
rostro con las manos , huye despa-
vorido hácia su habitacion. En tanto
el Mayor admirado y triste de lo
que acaba de pasar , permanece en
silencio hasta que el Conde , y su
muger han conducido al pabe-
llon á Eulalia.*

Cond. Santo cielo !
qué es esto ? querida Miler !

Condesa. No vuelve : y el extrangero
se ausentó ; pero acudamos
á Miler.

Cond. Vamos á dentro
del pabellon , que está cerca,
á desahogarla el pecho.

La conducen entre los dos.

May. ¿ Esperanza lisonjera,
vana imágen de mis sueños

deliciosos! yo tendia mis brazos en pos del viento, que dispó mis placeres como la niebla. El secreto se descubrió: yo adoraba á la muger de mi tierno amigo... Y bien, ¿qué sería imposible á mi deseo la reunion de dos almas dignas del amor eterno que se juraron? ¿Acaso un delito pasagero (mas debilidad que culpa) habrá por siempre deshecho el lazo que les unia? Ah! no, yo me lisonjeo de hacer feliz nuevamente á mi Carlos; y si puedo conseguir esta ventura, no diré que yo la pierdo.

Sale del pabellon el Conde.

Conde. A Dios, Mayor.

May. Y la Miller?

Conde. Miller al instante ha vuelto de su accidente, y ya queda mas tranquila y escribiendo: pero quizá mi presencia la importuna, y yo no quiero comprimir su corazon. Sin embargo, Mayor pienso que tú y mi muger sabeis mucho mas en el suceso actual, que yo.

May. No envidies en este caso, te ruego, esa triste preferencia.

Conde. No, hermano, no; yo respeto la causa de su afliccion, y sin saber mas te dejo. Haz siempre por detener al virtuoso extrangero á quien amo, y á quien Miller, sino me engaño, hará menos insocial y Misanthropo. En el castillo te espero.

A Dios. *Vase por la derecha.*

Salen Eulalia y la Condesa.

May. A Dios.

Condesa. Y mi esposo?

May. En este propio momento se aleja de aquí. Señora, *A Eulal.* no perdamos sin provecho

estos preciosos instantes: procuremos buscar medios en tan repentino acaso de que Vmd. vuelva de nuevo con el mejor de los hombres.

Eul. Pues cómo?... qué!.. caballero...

May. Menó, Señora, es mi amigo desde la niñez; los riesgos de la guerra confirmaron nuestro cariño primero. Pero hace ya siete años que lejos de él, y mas lejos de saber de su destino, gemia en el desconsuelo de mi corazon. En fin, le hallé, Señora, y su pecho derramó su acerba pena en el mio.

Eul. Oh Dios! yo pruebo cuanto abate al criminal la presencia de los buenos. Ah! Señora, ¿dónde, dónde me ocultaré?

Esconde la cara entre las manos de la Condesa.

May. Si un eterno dolor; si una larga serie de lágrimas y tormentos, si la virtud afligida no nos dan algun derecho al amor y á la clemencia de los hombres y del cielo, quién nos le dará? Muger desafortunada, el sueño de tu honor fue de un instante, y la culpa de un momento borró el llanto de tres años. Sí, Señora, yo penetro el alma de mi buen Carlos; él quedará satisfecho; y yo corro á interceder por Vmd. con todo el fuego de la amistad que me anima. Venturoso yo! si puedo perpetuar la memoria de una accion de cuyo efecto dependerá para siempre mi placer y mi consuelo.

Hace que se va.

Eul. No, señor Mayor, yo adoro su honor, y el injusto pueblo

no perdonaria nunca su debilidad : al menos no le añadamos dolor á dolor... Ah ! viva lejos de mí felice , y no pruebe por mas tiempo el vituperio de llamarme esposa.

May. ¿ Y que

Vmd. desprecia mi zelo ?

Eul. No , Señor ; mas oiga V. S.

lo que suplicarle quiero.

Muchas veces , que oprimido

mi corazon con el peso

de un delito imperdonable

juzgaba que los consuelos

huyeron de mí por siempre ;

quizá pensé , que si el cielo

por última vez cumplia

los votos de mi deseo ,

dejándome ver mi esposo

para confesar mi yerro

á sus plantas generosas ,

seria menos intenso

mi dolor. Y por lo mismo

haced que atienda mis ruegos

que me conceda el llorar

por unos cortos momentos

ante sus ojos , si acaso

puede sufrir el aspecto

de una muger criminal.

Pero no juzgue que anhelo

su perdon , ni que yo quiera

restablecer mi concepto

á expensas del honor suyo.

Ay ! solo verle deseo ,

y preguntar por mis hijos.

May. Si no perdió sus derechos

en el corazon de Cárlos

la humanidad que yo prometo

que lo hará. Dejad ahora ,

porque no tenga un pretexto

de rehusar mi visita ,

estos contornos. Yo vuelvo

en favor de Vmd. , Eulalia ,

á las plantas de mi tierno amigo.

Conde. Ay , hermano ! nunca

te quise como te quiero.

La Condesa le alarga la mano con la expresion de la amistad Eulalia echa una mirada al Mayor , que explica su reconocimiento ; despues

se arroja sobre la mano de la Condesa , que la coge en sus brazos , y se entra con ella por el bastidor anterior al pabellon.

May. No hay en la tierra dos almas

semejantes : su primero

lazo no debe romperse ,

y Cárlos puede sin riesgo

perdonarla... ; perdonarla !

¿ y cómo eludir los zelos

del pandonor , que no siempre

es una quimera ? Pero

una joven inexperta

la víctima de un perverso

que la arrastró á los delitos ,

y cuyo arrepentimiento

ha sido tan dilatado ,

tan doloroso y severo...

Ah ! que el mundo no recibe

justificacion del bueno

que fue débil un instante.

¿ Pero Cárlos no huye lejos

de su injusto juez ? ¿ no piensa

sepultarse en el secreto

de la obscuridad ? ¿ no ama

su corazon al objeto

de su llanto ? Si , pues ella

le servirá de universo.

Sale Frantz con los niños Eugenio y Amalia.

Eug. Yo me canso.

Amal. Yo tambien.

Eug. Y diga Vmd. , ¿ llegaremos

pronto ? *Frantz.* Sí , pronto.

May. Detente :

dime , ¿ qué niños son estos ?

Frantz. Los de mi Señor.

Amal. ¿ Es este

Papá ? *May.* No desperdiciemos

la ocasion. Amigo , escuchas :

yo sé que amas á tu dueño ,

y me debes ayudar.

Frantz. En qué ?

May. No ha muchos momentos

que haltó á su muger.

Frantz. De veras ?

¡ ay , Señor , cuanto me alegro !

May. Ya conocias á Miler ?

Frantz. Y es ella ?

May. Sí , pero creo ,

que hoye de ella tu Señor ,

y ve aqui lo que debemos evitar.

Frantz. No hay duda, ¿y cómo?

May. Sus hijos pueden hacerlo:

llévalos al pabellón,
que dentro de poco tiempo
sabrás mas. *Frantz.* Pero...

May. No quieras
inutilizar mi zelo
con tu detención.

Los conduce al pabellón.

Muy bien.

Mas él llega. Sí: yo espero
que la inocente sonrisa
de sus hijos pequeños
penetre su corazón,
si resiste al lisonjero
mirar de su bella madre.

Sale el Barón.

Y bien, Carlos, ya te veo
menos infelice.

Bar. Cómo? *May.* Hallándola.

Bar. ¡Cuanto es necio
el que quiere consolarme,
demostrándome á lo lejos
el tesoro que perdí!

May. No es necesidad, si de nuevo
puedes volver á gozarle.

Bar. Te entiendo, Mayor, á efecto
de conseguir mi perdón
te envía; pero te advierto,
que es en vano.

May. Que tu esposa
me envía, no te lo niego;
mas no para reuniros.
Ella te ama, su consuelo,
su ventura la aborrece
sin ti. Pero yo te ruego
que aprendas á conocerla,
y creas que adora menos
á Carlos, que á su opinión.

Bar. Pues á qué vienes?

May. Primero
en mi nombre como amigo,
como hermano y compañero
de armas, á suplicarte
que le perdones un yerro
involuntario: no, nunca,
nunca (yo lo juro al cielo),
verás su igual. *Bar.* Es verdad.

May. No me niegues, que tu pecho
la tiene amor.

Bar. Ay, amigo!

Le coge la mano.

May. Pues bien, el remordimiento

Con calor.

ha expiado ya su culpa.

Sí, Carlos, vuelve de nuevo
á ser feliz. *Bar.* Ser feliz!

ser yo feliz! ¿como puede
ser feliz, si ya los hombres
han roto el lazo, que un tiempo
fue mi placer, y le han roto
para siempre? ah! yo no debo
violar la ley que me imponen
las opiniones de un pueblo.

May. ¿Y qué te importan los hombres?
quien ha sabido en el tiempo
de tres años de amargura
no codiciar el comercio
de un mono que despreciaba,
podrá concluir el resto
de su vida en compañía
de su amiga. *Bar.* No hay remedio.
¿Con que todos se conjuran
con mi corazón, á efecto
de trastornar mi razón!
di, ¿qué quieres de mí! *May.* Quiero
que la veas: ¿negarías
á tu esposa este consuelo?

Bar. Venga, pues; pero no juzgue
envilecerme: la veo
para no verla jamas.

Ma. Espérame aquí un momento. *Vas.*

Bar. Y bien, Carlos, ya se acerca
el instante postrimero
de tu dicha. La verás,
sí, tú verás al objeto
de tu amor, verás la madre
de tus hijos: ah! ¿y no vuelvo
á estrechar mi corazón
con su enamorado pecho?...
Abrazarla yo! ¿no es ella
la que derramó tormentos
en la copa de mis dias?
¿no es ella por quien padezco,
y por quien maldigo al hombre?
Pobre Carlos! no hay remedio,
tu suerte está decretada.
Sin embargo no pretendo
tratarla con crueldad:
ella verá, que respeto
su llanto, que la perdono,
y en fin que la compadezco.
¿Pero quien...; ay, que es Eulalia!
Pundonor, orgullo, zelos,

ve aquí la muger que me hizo
infeliz sin merecerlo.

Salen Eulalia, la Condesa, y el Mayor, y Eulalia toda trémula y confundida dice á la Condesa.

Eul. Ah, generosa muger!
dejadme si tuve esfuerzo
para la culpa, tampoco
me le ha de negar el cielo
para explicar mi dolor.

La Condesa y el Mayor entran en el pabellon.

Ay, con cuanto rubor llegó! Señor.
Se acerca á Carlos, que sin volver la cabeza le convocado que ella se le habla.

Bar. ¿Qué quieres, Eulalia?
Con dulzura, pero sin volver la cabeza.

Eul. No, no por Dios! huye lejos
de mi oído la dulzura
que me despedaza el pecho,
hombre piadoso; resuenen
solo en él los duros ecos
de la indignacion.

Bar. Y bien? *Con severidad.*

Eul. Ah! si el hombre á quien ofendí
se dignase darme quejas,
cuanto aliviaria el peso
de mi corazon! *Bar.* Yo quejas!
mis muertos ojos, el negro
velo que los cubre, el llanto
que derramaron un tiempo
se podrán quejar por mí;
pero no yo. *Eul.* Ese silencio

generoso me aniquila,
multiplica los tormentos
de mi penar. ¡Oh, Dios mio,
á quien agravié! *Bar.* Al primero,
y al mejor de tus amigos.
Pero ya ves que debemos
separarnos para siempre.

Eul. Ah, Señor! si ya lo veo:
tampoco imploro mi gracia,
ni vengo con el intento
de conseguir el perdon,
el perdon que no merezco.
Solo pido, que algun dia
no maldigais al objeto
de vuestro primer amor.

Bar. No, Eulalia, no; yo no puedo
maldecir á quien me hizo

venturoso en mas serenos
dias. No, jamas, jamas,
triste muger. *Eul.* Conociendo
la iniquidad de mi ofensa,
para que volvais de nuevo
á ser mas feliz esposo,
ve aquí, Señor. os entrego

Le presenta un papel.
este papel de divorcio,
en el cual, Señor, confieso
mi delito.

Ba. Oh, nunca sea! *Lo toma y lo rompe.*

Tú sola tuviste imperio
en mi corazon, Eulalia,
y tu imperio será eterno.
Mi honor sacro é inflexible
me prohibe aun el deseo
de unirme á ti; pero nunca
tendrá lugar en tu lecho
nueva esposa.

Eul. Solo pido
Despues de algun silencio.

al despedirme... *Bar.* Primero
escucha. Yo he conocido
cuanto es sensible tu pecho
al llanto del infortunio,
y será justo que al menos
satisfagas tu piedad,
y no vivas con el riesgo
de implorar la compasion
ajena: toma este pliego,

Le ofrece uno que saca de su cartera.
que te asegura una renta
moderada. *Eul.* No te acepto.
El trabajo de mis manos
será todo mi consuelo,
y el pan que riegue mi llanto
me servirá de contento.

Bar. Tómale, Eulalia. *Eul.* Señor,
bien lo sé que yo merezco
mas humillacion, mas pena;
pero no añadais, os ruego,
á mi rubor esta afrenta.

Bar. Cruel hombre, hombre perverso,
¡ah, qué muger me has robado!
En fin, Eulalia, respeto
tu virtud. Pero si acaso *Con amor.*
probases en algun tiempo
la indigencia, te suplico
que recurras al momento
á mí.

Eul. Bien está.

Bar. Con todo,

Le da una cajita con joyas.

estas joyas que te ofrezco
tómalas pues que son tuyas.

Eul. No, Señor, estos objetos
me acuerdan aquellos días
en que digna del afecto
de mi esposo y de mi padre,
bendecia el universo
mi ventura. Solo admito

Saca de ella un reloj.

este reloj, que mi Eugenio
llevaba, y al cual rodean
de mi Amalia los cabellos.
Ah! yo le conservaré,
yo le arrimaré á mi tierno
corazon arrepentido,
y le besaré muriendo.

Bar. Dios mio! no puedo mas.

A Dios, Eulalia...

Eul. Primero *Le detiene.*

tranquilidad á una madre.

Viven mis hijos? han muerto?

Bar. Viven. *Eul.* Hombre virtuoso,

no desatendais mi ruego:

permitid que yo los vea,

y los estreche á mi seno

por última vez... Dios mio!

¡Si supierais que tormento

me arrancaba las entrañas

mientras he vivido lejos

de mi Carlos y mis hijos:

al ver á los pequeñuelos

inocentes de su edad

en sus pacíficos juegos!

Ah! permitidme, Señor,

que yo los vea, y me aleje

dellos, y de vos por siempre.

Bar. Eulalia, yo te prometo

que los verás esta noche:

los aguardo de un momento

á otro, apenas lleguen

mi criado irá con ellos:

tantos contigo hasta el alba,

pero devuélvelos luego

á su desdichado padre.

Eul. En fin, ¿qué ya no debemos

vernos en la tierra? A Dios,

hombre generoso y bueno,

olvidad á una infelice,
que no querrá en ningun tiempo
olvidaros.

Repentinamente le coge la mano,
se arrodilla y la besa.

Ah! dejadme,

Señor, que bese primero
esta mano que fue mía.

La Condesa tiene al niño en los brazos,
el Mayor á la niña, y salen
poco á poco del tabillon, de modo
que no llegan á Carlos y Eulalia
hasta el último á Dios.

Bar. Eulalia, no, alza del suelo:

no te humilles,

por fin el á

Eul. Para siempre.

Bar. Para siempre!

Eul. ¿ Puedo llevar el consuelo,
de que no me aborreceis?

Bar. No, Eulalia,

no te aborrezco.

Eul. En fin, cuando mi dolor

haya expiado mis yerros,

la muerte nos unirá,

con el Dios-del universo.

Bar. Ante sus ojos no reina

la preocupacion del necio,

y alli gozaremos juntos

la eternidad de los tiempos.

Sus manos se enlazan, y mirándose
con mayor ternura, se dicen con
voz trémula.

Los dos. A Dios.

Ellos se separan, pero al volver el

rostro encuentra Eulalia á la Condesa

cerca de ella que levanta al

niño, y le pone á los ojos de la

madre: Eulalia le toma en sus brazos

y estrecha con su corazon. Lo

mismo hacen á la otra parte

el Baron y el Mayor.

Eul. Ay! *Bar.* Eulalia mía!

abraza á tu esposo... *Eul.* Oh cielo!

Los dos se arrojan en los brazos uno

de otro; y al mismo tiempo los niños,

que el Mayor y la Condesa tienen

en sus brazos se abrazan al cuello

de sus padres, y cae el telon.